

El Fin de la Poesía

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

El Fin de la Poesía (por Daniel Bernardo Grimberg)

Estoy establecido dentro de un firmamento contiguo, en el que el vacío deja como marca a la desesperación. Me veo duplicado en sombras azarosas del mundo en donde no se hallan creencias que reivindiquen a mi afligido oficio. No puedo caminar más por las enormes tardes ni intercalarme con sus rasgos circunstanciales. Y he visto a un hombre que descendió a un pozo (que llamaré Juan) y al que se aplicó la distorsión cronológica en caprichosos accidentes. Para narrar esos hechos primero tengo que recordarlos y luego abolirlos. Mi percepción es de distinta índole, y ya no persisto en la actualidad, y mis vocablos ya no componen líricas ni eventos celebratorios. Juan comenzó a ser fusionado con la nada a la vez que se lo acusó de falso y tramposo. Antes había sido detestado dentro de la obsesión de un clima eternamente nublado, en un torbellino asociado a la gratuidad del odio. Lo supe a través de consignas que me transmitieron por una mirilla de la puerta, y se confirmaron como ocios y amenazas.

Soy César Zaffiro y no me entendí con las militares que se plantaron con divisorias tropas como si la ciudad fuera un teatro de guerra (es más, me presenté con la cabeza alta y gesticulando sorpresa, jurando que me habían sobrestimado y que se habían hecho eco del rumor o de un simple ultraje). Cuando el nefasto general Correa tradujo libremente sus instintos, llamó a las Armas de la Patria a imponer lo que a todas luces le pareció la solución de un acertijo. Irrumpió desde las sombras procurando hacer aquilatados avances; experimentaba la emoción de creerse inmortal y que no había en él impedimento alguno. Además, quiso abolir a los recuerdos, y reemplazarlos por nominales decretos que decía que eran claros y estaban a la vista de la Eternidad. Ese hombre no quería que fueran contaminadas sus expectativas maravillosas. Yo únicamente consigné que mis únicos ardidés fueron las letras que me dictaba el hábito de estar vivo, y nunca tuve la intención de confrontarme con lo paranoico.

Juan tenía una figura rara, aún estaba sujeto a las inquietudes de los que sobrevivían, pero ardía por acallarse y abatir sus esperanzas sin más medrosas transfiguraciones. Un golpe o un estampido haría que el mundo se olvide que alguna vez nació; unos pocos hombres harían esa

contribución perdurable a su inexistencia.

Yo no les di alabanzas ni poemas laudatorios por lo que hacían en menoscabo armados con sentimientos de prepotencia a los ciudadanos. Pero Correa nunca se enteró del cariz con que les advertí que se atarearon en sucios quehaceres ni compusieron un vasto collage del absurdo. Tuve miedo, pero nadie logró que me desviara de la rectitud, o que anhelara al mal aborrecible.

I

Bajando de angustiantes terrazas vino a verme Celeste Andreu, quién me hizo observaciones duras, casi apocalípticas. Ella se movía en un plano vertiginoso como la habitante del futuro que hacía de cuenta que el pasado era irreal. Y no se resignaría según me dijo durante esa imprecisión que adoptó la forma de un diálogo. Tal vez una huida traería beneficios, o había que inventar una sostenida separación porque ya nada sería abordado con provecho. Temía a la necedad de no tener derechos, y tener que aplacarse sin nuevas inspiraciones. Yo no le respondí directamente, pero descarté algunos datos que me ofertó.

Me notificó razones estentóreas bajo el cielo gris que se suspendía sobre avenidas y plazoletas a las que las divisiones del ejército le habían dado el grotesco aspecto de guirnaldas. Correa se había impuesto sobre las otras facciones, y la escisión del mundo era el mensaje que proclamaba con voz viva por la cadena de radio y televisión. Estaban los "buenos", y los que no se les autorizaba a desenvolverse dentro de los límites de la República. Ya no existiría el desorden, y se privilegiaría a lo irreflexivo que brota de la oscuridad. Las posturas heréticas serían estragadas para dar paso a opciones que Correa consideraba fidedignas.

Dentro de la Universidad que erigieron prohombres y sirvieron de refugio a generaciones enteras, he refutado a las asiduas ignorancias, sin creer que en un día cercano alguien decidiera abolir la razón con el objetivo de dejar correr libres a las fábulas. Aún no había visto a la polaridad amarga que representaba Juan, ni a la barrera que me separaba de él. Sin embargo, quien se me acercó, me dijo que en honor a la verdad él era el instrumento de otro hombre que tal vez no era tan sabio como yo, pero se negaba a soportar mi independencia. Habían sido probadas algunas de mis secuencias erráticas, y estas serían suficientes para equipararme con desgraciado. El mundo jamás se caracterizaría por la densidad y variedad que yo proponía en mis esbozos. Esa persona me hizo sobresaltadas descripciones. Mi juego había terminado, mientras que Correa quería que siempre se hablara de él y que algún día se acuñen monedas con su cara. El reciente dictador no apreciaba a mis larvadas controversias, y modificar su programa era impensable.

En la siguiente brevedad, Celeste Andreu había corrido hacia mi sin detenerse pese a su agotamiento físico. Estaba conmigo dentro de un barrio de la capital, pero se marcharía a un país periférico. Había escuchado a Tomás Sesig; este ya no disimulaba nada ni presentaba tretas enmascaradas. Era un hombre dominado por hábitos furiosos que pisaba muy fuerte sobre las baldosas de los claustros, y creía en la eficiencia de los antagonismos.

Celeste había recibido la noticia con un terror imparable: el país que alguna vez habíamos habitado se haría irrepetible. Correa no sólo se burlaba de la libertad, sino que pretendía manejarse con un despotismo impostergable. "La represión oculta se evidenció, alambres de púas fueron colocadas en los parques, y lo malvado fue ensalzado como destructivas ilusiones que representaban metáforas de lo perfecto", dijo con consternación. De golpe se expandieron restricciones y reglas que eran arbitrarias, y yo perfilé mi pragmatismo como si contara con un buen número de soluciones.

Sesig ya había determinado frente a una incalculable lluvia de quejas cual era al día en que mis proyectos quedarían truncos, cuando me dio la desaprobatoria frase de que "pronto los pájaros dejaran de cantar cuentos". No reflejó paz, pero sí una claridad explosiva. Ya nadie se identificaría con las síntesis panorámicas de mis letras ni con mis obras que cumplían con el rol fundamental de despertar corajes.

"Entre aquellas funciones problemáticas en la cátedra, que no debemos admitir, está la propensión a tejer poesías circulares, referirnos con términos bestiales a los demás, y taladrar napas en las que ya no hay aguas testimoniales", solía decir a mis alumnos. También explicaba que entre las referencias cualitativas de la educación estaba la de propiciar la participación masiva. Había adoptado a ese lema en una manera mansa y frugal.

Desde mi ámbito de trabajo y observación decía que la poesía quedará impresa en la memoria, a pesar de los que le hacían trastocadas vejaciones. Ésta nunca quedaría desacreditada, aunque le tejieran pandemonios y herejías.

He abierto mis manos a las fructíferas proposiciones del verso, he amarrado mis dichas a largos poemas que adoran a las savias y sangres, y repudian como antiguas a las catapultas del fuego (y ahora bramó algo distinto al sentir el hierro en la carne). He proclamado que los cielos de esta tierra eran inconmensurables, a la par que denuncié a la redacción de textos totales para que mis alumnos nunca tuvieran como meta sublime a la mecánica unificación. Celeste sabía que sin esas instrucciones era difícil imaginar cualquier proyecto, y que se cerraban las posibilidades que a cada uno ofrece el destino. Y me vio jubiloso en comparación con lo que

ocurría en las distanciadas vecindades.

Por su parte, Sesig anhelaba lo recto y perpendicular: que los capítulos de los libros no contuvieran vértigos, y se implementaran estadísticas vergonzosas. Desde su punto de vista no existían barcos ni muelles frente a las crudas exhortaciones de los mares a no ser traspasados. Tomás Sesig se correspondía con el orden ordinario de los días y dejaba de lado como si fuera un obstáculo a las fruslerías del clarividente. .

En mi último diálogo con Celeste traje a colación lo que me declaró Sesig: "Todo obtiene su fundación visible en las Fuerzas armadas., más allá de lo que creyéramos durante algún punto momentáneo de nuestra existencia", y yo pensé que no había honestidad en las sombras porque estas no cincelan los rostros.

También que "el general Correa fue asignado por la historia, la clemencia de los mayores, y la exactitud de Dios". A eso no me lo dijo con pesimismo, sino abriantando un neto orgullo en sus con rezagados gestos, y para compartir con más énfasis a esa omnipotente revelación, levantó lentamente su brazo derecho.

Yo reforcé mi esencial identidad al decirle que la poesía era la antítesis de los militares y sus migrantes e imponderables guerras. Tomas Sesig anotó a esos pasajes en su mente como una culminación exitosa de una potestad de hurgar en mis juegos.

Yo odiaba a las artificiosas prácticas de lo marcial, y a la violencia junto con lo cínico que se tuviera noticia, mientras que Sesig, oprobiosamente, tenía como válida a la sabiduría dominante de turno, y que las confraternizaciones de antaño sólo poseían un carácter parcial.

Entre las afiligranadas enredaderas que sepultaban con sus verdes a un muro pintarrajeado, Celeste Andreu me sugirió escapar, pero yo presumí que eso me generaría una humillación. Me comprometería más allá de las equivocaciones y vaguedades de los otros. Quería discutir esa violación de lo institucional, aunque mi estómago se revolviera. Me quedaría con la intención de luchar, porque frente a las filosofías discutibles nadie podía atribuirse el derecho de prohibirlas.

No voy a desatar una obstinada apología de mi abnegación, ni enhebraré piadosas referencias que de todas formas serían refutadas con desconsideración por los soeces que hicieron el golpe en contra de la Democracia. Sólo pienso en Juan que se hacía el loco, pero era lúcido, y en las huestes de Correa cuyas coherencias lógicas en algún momento se resquebrajarán. ¿Qué le pasa a la serie total de mis apariencias? Me parece que hablar de mi es nombrar lo mismo y guardar una

susceptibilidad en relación a lo que se hizo invisible.

Pero en aquel instante (durante mi charla con Celeste) establecí con improbable presunción a mi reputación, y afirmé que nada malo me acontecería ya que siempre actué de manera correcta. Tal vez había hecho deslustradas variaciones en algunos símbolos, pero eso fue por haber aceptado las supersticiones que establecieron los tiempos (esa broma pretendió instaurarme una filiación).

Fue Tomás Sesig quien disputó con cada uno de mis versaciones e hizo sobre estas deformaciones principescas, señalando que había calcinantes aspectos de mi obra que fueron utilizados como ritos iniciáticos por la subversión; esas letras y comas que era imposible que no existieran, pero lo afrentaban debido a las opulencias alcanzadas por sus sumatorias. Entendí que el apetito por las transparencias de ese hombre chocaba con la elemental poesía.

Fundamentó sus despiadadas críticas en la idea que había brindado esotéricas señales, y dentro de sus terminantes objetivos académicos estuvo el hacer una evaluación real de mi insaciable codicia. Yo le señalé al libre albedrio, y él me contestó que ese era un problema indefectible.

Yo había imaginado un orden más justo, cierta sabiduría, una tangible felicidad, pero nada que tuviera semejanza con violencias disparatadas. También con treinta y cuatro alumnos elucidé la obra completa de Edgar Allan Poe, siguiendo lo que los instintos tenían de perplejos y admirables. No fui dogmático como Sesig me atribuyo ser, sino polémico. Sólo al final comprendí que jamás dejaría de ser un ignorante (ese notable ejercicio me había devuelto la perdida humildad).

Mi espíritu persistió en rehacer lo cotidiano, en reubicar las cosas dentro de los anteriores cauces, y mantuve el estremecimiento de tutear a mis alumnos con la conciencia de que había que romper las distancias artificiales. Sin dudas había hecho una aislada interpretación de lo que para Sesig era una irrenunciable formalidad.

He enseñado que las felicidades deben ser instituidas sin armar riñas ni bataholas, pero Héctor Cardenal, como rector de la Universidad en estos tiempos (que son como cualquier otro en el que se urden traiciones, y se trafican mentiras y maestrías insulsas por gente de poca monta y de autoridad estridente), me dijo que Tomás Sigseg había generado serias dudas acerca de mi desempeño.

II

Creo ue mi batalla no terminó, sino que sus retruécanos se debatirán en cualquier concilio literario que se hiciera en el futuro, y mi estimada

alumna Celeste defenderá mis tesis que presentará como las apacibles construcciones de un hombre mayor. Dirá que hubo en mí un Sueño que jamás se quebró.

Ahora recorro una conjunción de salas dentro de éste lugar, soportando injuriosos gritos que quieren arrancar de mi mente aquello que como en el caso del pobre Juan, no existe. Observo que los que me rodean no son ilustrados hombres, puesto que desprecian a los libros, y a los prados con sus extensiones de alelíos y violetas, y ejercen la recriminación con el apagado juicio con que se equipan los borrachos. No voy a detallar a esto horrible, pero digo que me han encapsulado en una amplia nebulosidad, después de haber sido acusado de vicioso y nocturno.

No reaccioné frente a la escandalosa injusticia, porque ¿cómo un poeta va a blandir la espada? Nunca resigné las palabras etéreas por lo que brilla y mata metódicamente. Sin embargo, en esta hora de pánico, afirmo que el rigor aplicado de manera monocorde será visto como la única realidad de la poesía, y que no habrá más lunas en las noches, aunque se las siguiera avistando regularmente.

Las tumultuosas palabras me están apretando los huesos y ya no me brindan alivio ni protección; tampoco entregan epifanías, por el contrario, me develan a la nada. El tiempo sigue pasando, y sólo veo la extenuante blancura que emana de las paredes de esta celda.

Fin